

# Una del Oeste

ÁNGEL F. BUENO

DEVIR

Diseño cubierta: Carmen García Ventosa

© 2005 de Ángel F. Bueno

© de esta edición:

2004, Devir Contenidos S.L.

Rambla de Catalunya, 117, 08008 Barcelona

Teléfono: +34 932 389 870

Fax: +34 934 151 342

e.mail: [spain@devir.es](mailto:spain@devir.es)

[www.devir.es](http://www.devir.es)

ISBN: xxxxxxxxxx

Depósito legal: xxxxxxxxxxxxxx

Impreso en Arts Gràfiques Hurope, S.L.

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

*A mi hermano Tomás.*

*Cabalgando juntos, corrimos toda suerte de aventuras,  
descubriendo y explorando los fabulosos  
territorios de la imaginación.*



## Prólogo

El carruaje y los seis hombres a caballo que lo escoltaban enfilaron el último tramo de terreno yermo que los separaba de las estribaciones de la Sierra Grande. La línea del horizonte vibraba de calor.

Casi una hora después, la corta columna alcanzaba la falda de la primera cresta montañosa de la sierra, una pared casi vertical en cuya roca se incrustaban los altos muros del presidio de Chinacos. Desde las torretas y almenas de vigilancia, los soldados de la guardia dirigieron su atención hacia los recién llegados. En Chinacos, una vieja cantera convertida en penal de trabajos forzados, las visitas no eran muy frecuentes. Sólo el carro de las provisiones, una vez por semana, venía a romper la rutina de aquel cercado para humanos perdido en el desierto de Sonora. El grupo se detuvo frente a la entrada de la prisión. Uno de los soldados que recorrían el muro frontal se asomó y cruzó algunas palabras con el hombre que abría la marcha; al comprobar que los jinetes lucían el uniforme de los regulares, inició una retahíla de gritos y órdenes apresuradas: aquello no era una visita de cortesía. Tras unos minutos de espera bajo un sol de justicia, los portalones de madera reseca se quejaron al abrirse, molestos por aquella inesperada actividad.

El grupo cruzó la entrada en procesión, atendiendo a las señas de otro soldado que, embutido en un uniforme gastado y demasiado estrecho para su panza, gesticulaba indicando el camino hacia el edificio principal al otro lado de la explanada en la que se encontraban los barracones de los presos, simples construcciones de adobe blanqueado con cal. Al fondo, donde los muros laterales del presidio se clavaban en la pared rocosa de la cantera, hormigueando sobre los enormes montones de piedra, casi dos centenares de torsos sudorosos y tostados detuvieron su monótona tarea y se enderezaron para ver entrar al inesperado cortejo; los centinelas y los capataces, armados los unos con rifles y los otros con varas, increpaban a los prisioneros para que volvieran al trabajo.

El edificio principal del establecimiento penitenciario era una sólida construcción de piedra de dos plantas, al estilo colonial español,

que incluía, junto a los establos y alrededor de un pequeño patio central, el acuartelamiento de la guardia y la residencia del alcaide. Los arcos de medio punto y las ventanas enrejadas con hierro contribuían a que el conjunto de la obra desentonara visiblemente en aquel paisaje de desierto calcinado.

El oficial al mando de la escolta acompañó al carricoche hasta la puerta de la casa del alcaide. El soldado allí apostado, al verlos venir, se sacudió la casaca y trató de adoptar una postura lo más reglamentaria posible; aunque el alcaide no era demasiado exigente con estos protocolos, la visita bien podría ser de algún otro oficial menos tolerante. El resto de jinetes dirigieron sus monturas hacia el establo, donde un pequeño pozo y un abrevadero invitaban a refrescarse. Cuando el vehículo se detuvo, el responsable del penal ya esperaba bajo el arco de la entrada a su vivienda. Daniel Varela, alcaide de Chinacos, era un joven capitán del Ejército mexicano, aunque por su atuendo y modos, ligeramente amanerados, pudiera confundirse con el heredero malcriado de cualquier terrateniente californiano, preparado para dar su paseo matutino a caballo. Peinado hacia atrás, con las cejas y un fino bigotillo perfectamente perfilados, el capitán Varela parecía tan ajeno al lugar como los edificios que le rodeaban. A un paso detrás de él, un negraco imponente de casi dos metros de altura le guardaba la espalda; el uniforme de servicio le caía como a un santo dos pistolas, pero no impedía adivinar los músculos firmes y esbeltos que cubría; en su cabeza afeitada, los párpados caídos sobre unos ojos saltones pero feroces, dotaban a su expresión de un engañoso aire de simpleza. El hombretón avanzó en dirección al carruaje, pero antes de que pudiera alcanzarlo la portezuela se abrió para dejar salir de su interior a una mujer menuda que con gesto resuelto se plantó ante el sirviente. El capitán Varela arqueó las cejas.

—¿Sería tan amable de recoger mi bolsa? —le dijo al gigantón, acompañando sus palabras con una leve mirada de reojo hacia el interior del vehículo—. Teniente, partiremos mañana al amanecer. Gracias, Julián —añadió, despidiendo así al jefe de la escolta primero y después al conductor, que desde el pescante recogió la atención de la dama con una inclinación de cabeza. Con treinta y tantos no aparentados, la mujer irradiaba autoridad y determinación por los cuatro costados. El sencillo vestido de viaje no desmerecía en absoluto su evidente belle-

za, y en su rostro moreno los ojos negros le brillaban de vitalidad e inteligencia. El alcaide, atendiendo a las normas de cortesía, dio unos pasos hacia la recién llegada.

—¿Es usted el capitán Daniel Varela? —preguntó la mujer aun sabiendo la respuesta de antemano—. Soy Margarita Veracruz —anunció mientras le tendía el dorso de su mano enguantada. La combinación de aquel nombre y el guante de cabritilla tuvo el efecto de un mazazo sobre el alcaide que, por un instante, se quedó petrificado en mitad del besamanos. Tenía plantada frente a él a la mejor y más peligrosa agente al servicio del gobierno mexicano, conocida en todo el país por el sobrenombre de Sarita La Chamuscada.

Los deliciosos labios de Sarita se separaron en una risilla complacida, dejando entrever una dentadura blanca y luminosa dispuesta a competir con el brillo del sol del mediodía.

—Vamos, vamos, capitán... Un hombre de armas como usted no debería dejarse impresionar por una mujer —le dejó caer con cierto retintín y apartando la mano antes de que aquel petimetre llegara a besarla. El sirviente, con la bolsa de viaje colgando de su enorme manaza, miraba la escena sin comprender. Varela se enderezó intentando darle a su porte un aplomo del que no disponía.

—Es un honor conocerla, señorita Veracruz —logró articular. En ese momento pareció percatarse de que tal vez su atuendo no fuera el más adecuado y añadió:

—Espero que sabrá disculpar mi indumentaria, pero no tenía notificación de su visita y...

—No se preocupe, capitán. No vine a pasarle revista —dijo Sarita, sin perder la sonrisa, divertida por la incomodidad de su anfitrión—. Bueno... ¿no va a invitarme a entrar?

—¡Oh, disculpe! ¡Cómo no! ¡Adelante, adelante! —reaccionó, haciéndose a un lado—. Marcelo le preparará en seguida la habitación de invitados para que pueda refrescarse del viaje. —Sarita repasó al mucamo con la mirada y cruzó el umbral como si entrara en su propia casa. El oficial y su sirviente la siguieron mientras intercambiaban una mirada de forzosa resignación.

El capitán Varela cambió sus ropas de montar por el uniforme reglamentario y fue a refugiarse a su despacho, dispuesto a serenarse. Aquella mujer le ponía nervioso y sólo le traería quebraderos de cabeza. Lo intuía.

El despacho, como el resto de la casa, había sido acomodado con un lujo impropio para un penal: muebles de maderas nobles y fina talla, amplios sillones fraileros ribeteados con clavos de cabeza grande y pulida, espejos con anchos marcos, velones de cobre, lámparas de hierro y cristal... Los rayos del sol entraban por una ventana alta, atravesando unos visillos largos y vaporosos que les quitaban su estridencia, llenando la estancia de una claridad discreta.

El alcaide se acercó hasta la delicada mesita baja sobre la que reposaba la bandeja de los licores. Dudó un momento entre dos variedades de vino y acabó decidiéndose por un generoso coñac. En su cabeza, las dudas y los temores se le removían como las bolas en el bombo de un juego de loto. ¿Acaso no era suficiente castigo el destino que le habían asignado? Vacío la copa de un trago. ¿No le parecía al nuevo gobierno bastante humillación que su honor y fidelidad a su patria fueran puestos en entredicho de aquella manera? La repentina oleada de calor etílico le caldeó el ánimo y volvió a llenar su copa de licor. ¡Apartado del mando de sus tropas y desterrado en aquel pedregal perdido! ¿¡Qué pretendía aquella... aquella víbora!? ¿¡Mofarse de su ignominiosa situación!/? El segundo coñac corrió gáznate abajo. ¡No pensaba tolerarlo! ¡Claro que no! Animado por los vapores del alcohol, el joven oficial empezó a pasear por su despacho, estirado, copa en mano. Al pasar frente al enorme espejo que colgaba de la pared, se detuvo un instante; pasó uno de sus dedos por el fino bigotillo negro y adoptando su mejor perfil se felicitó por lo bien que le quedaba el uniforme. ¡Claro que no iba a consentirlo! ¡Le diría a esa descarada lo que pensaba!

Un tercer coñac contribuía a incrementar el montante de valor acumulado por el alcaide cuando por la ventana del despacho le llegó el sonido de los sartenazos que anunciaban, sin ningún entusiasmo, la hora del rancho. Varela y su copa se acercaron hasta el ventanal. Al apartar el visillo, la luz cruda del sol le golpeó el rostro, haciéndole cerrar los ojos mientras se hacía visera con la mano. Abajo, en la plazoleta formada por los cuatro barracones de adobe, dos hileras de presos desfilaban arrastrando sus grilletes frente a un par de mostradores improvisados con tablas y toneles. A medida que recogían su cuenco y su mendrugo, se desperdigaban en grupos pequeños alrededor de las construcciones, buscando los pocos ángulos de sombra que los edificios pudieran ofrecer. Mientras contemplaba esta escena cotidiana-

na, el alcaide, ligeramente achispado, seguía con sus cábalas: ¿Qué había venido a buscar La Chamuscada a aquel agujero infecto? Desde la planta baja, el sonido de una campanilla anunció que la comida estaba lista; el tintineo estremeció el ánimo del capitán Varela, que, apurando la copa, contempló una vez más su reflejo en el espejo. Sin tenerlas todas consigo, salió del despacho y bajó al comedor.

Durante la comida, la conversación discurrió entre la cortesía obligada y la intrascendencia. La señorita Veracruz parecía tranquila y en ningún momento hizo la menor insinuación sobre el motivo de su visita, lo cual no ayudaba a calmar la inquietud del oficial, que, escarbando entre la guarnición del asado que tenía en el plato, se veía recorrido por oleadas de flaqueza cada vez que su mirada se topaba con los guantes de cabritilla que la mujer lucía con toda naturalidad. De ella se decía que manejaba el látigo como el mismísimo Demonio y que siempre llevaba consigo una pistola Le Matt que disparaba con notable puntería. Resultaba difícil creer que tras aquella apariencia despreocupada y jovial se ocultaran la sangre fría y eficacia letal que la hacían tan temible. Como por acto reflejo, el capitán sorbía de su copa de vino tras cada oscuro pensamiento que le asaltaba. El sirviente negro entraba y salía del comedor más de lo necesario, buscando con sus ojos saltones la mirada, cada vez más vidriosa, de su señor.

Terminado el almuerzo, la invitada y su anfitrión pasaron al saloncito contiguo, una estancia acogedora y decorada con el mismo exceso que el resto de la casa.

—Parece que ha sabido usted adaptarse a su nueva situación, capitán... —apuntó la mujer mientras se acomodaba en uno de los sillones y acariciaba la exquisita tapicería con una de sus manos enguantadas. El tono de La Chamuscada había adoptado un timbre desprovisto de toda cordialidad. El oficial recibió la pulla mientras alcanzaba una botella de cristal tallado y se servía otro coñac.

—¿Le apetece una copa? —ofreció Varela tratando de ganar tiempo. La mujer declinó la oferta con un leve gesto de cabeza. La Chamuscada le miraba fijamente; donde antes había lucido una sonrisa, sus labios se dibujaban ahora serios y firmes: las formalidades habían terminado.

—¿No le parece esto suficiente castigo? —continuó el capitán, señalando con su copa al sol que al otro lado de la ventana abra-

saba el paisaje. Los vapores del alcohol empezaban a envolver los sentidos del alcaide y el temple étlico dejó paso a una desinhibición embriagada—. ¿Qué quieren, que me recluya como un ermitaño y me pudra en este agujero de mala muerte? ¿No le parece a nuestro flamante presidente bastante humillación? —añadió con cierta sorna.

—¿De qué se queja, capitán? Usted sabe tan bien como yo por qué está aquí. Podríamos haberle fusilado. Debería estar agradecido —replicó tajante La Chamuscada. Sus palabras tuvieron el efecto de dos sonoras bofetadas. El capitán se vino abajo.

—¿Ha... ha insultado usted a venirme...? —balbuceó, traicionado de repente por el alcohol. Desconcertado, dio unos pasos para ir a hundirse en el sillón más próximo. Se pasó la mano por la cara en un intento inútil por despejar la bruma que le embotaba—. Está bien, está bien... así se la lleve el Diablo... —masculló—. ¿Qué quiere de mí...? ¿A qué ha venido...?

La imponente figura de Marcelo, inmóvil bajo el arco del saloncito, sujetaba un fino juego de café que en sus manos parecía de juguete. Sarita y el sirviente se desafiaron con la mirada.

—Deja eso ahí y lárgate —ordenó la mujer, sin pestañear—. El capitán y yo tenemos que tratar asuntos muy importantes.

—Gracias, gracias, Marcelo... Déjanos solos, déjanos... —confirmó el alcaide desde el sillón, dando un par de cabezazos afirmativos. A Marcelo le hubiera gustado tronchar con sus propias manos la frágil figura de aquella mujer altiva que, sin quitarle la vista de encima, deslizó lentamente su diestra enguantada entre los pliegues de la falda del vestido. El negro echó el aire por la nariz como un toro a punto de embestir y apretó los puños; masculló algo ininteligible que sonó a maldición, y luchando contra su propia furia se dio media vuelta y cruzó el comedor con los ojos incisivos de La Chamuscada clavados en la espalda. Cuando se cerró la puerta, Sarita relajó su mano oculta, soltando lo que fuera que escondiese entre sus ropas, y se sirvió una taza de café. El aroma de la infusión arrancó un respingo del alcaide, que, derrumbado en el sillón, se cubría los ojos con la mano, tratando de articular con fluidez:

—¿Pero que quiere de mí...? ¿A qué ha venido...?

Sarita tomó dos sorbos largos de café y dejó la tacita sobre la mesilla a juego con el resto del mobiliario.

–Capitán Varela, mi visita nada tiene que ver con usted. Vine a buscar a mis coroneles –reveló por fin. La inesperada declaración de unas intenciones que le excluían pareció confortar al oficial.

–¿Coroneles? ¿Qué coroneles? ¡Aquí no hay ningún coronel! –Se había incorporado y dudaba entre ponerse en pie o apurar la copa de licor que sujetaba como si se tratara de un salvavidas. Apuró la copa.– ¡Coroneles! ¡No encontrará aquí ni a un solo coronel!

La Chamuscada soltó un leve suspiro. Aquel pusilánime empezaba a doblegar su paciencia.

–Thomas Doniphán y Diego Velásquez. Supongo que habrá revisado sus expedientes en alguna ocasión, alcaide. Ingresaron en Chinacos unos meses antes de que usted fuera destinado aquí.

–¿El gringo y ese mestizo maloliente que le acompaña? ¿Coroneles? –El alcaide rió entre dientes.– ¿Para qué quiere ver a ese par de delincuentes comunes? ¿Van a ampliar el gabinete de gobierno? –volvió a reír, esta vez con claridad, complacido por su propia ocurrencia. Consiguió ponerse en pie y dio unos pasos vacilantes hacia la botella de cristal tallado que contenía el coñac.

–Esos hombres han hecho por nuestro país lo que usted no lograría así naciera tres veces. Le ruego que colabore y acabemos con esto cuanto antes –contestó La Chamuscada sin ocultar el creciente desprecio que le provocaba–. ¡Y deje de beber!

Varela no tuvo en cuenta esta última orden y volvió a llenar su copa.

–También puede llevarse al Chango. Está condenado a cadena perpetua por cuatro asesinatos. Es un patriota, no me cabe duda –prosiguió, la lengua desatada por la embriaguez–. Seguro que pueden encontrarle algún oficio en los ministerios...

Aquello rompió la cuerda. La Chamuscada cruzó la distancia que los separaba con rápidas zancadas y cogiendo al oficial por las solapas de la casaca lo empujó con fuerza contra la pared. La copa saltó de la mano del alcaide para terminar hecha añicos al pie de la chimenea. Varela parpadeó estupefacto, incapaz de reaccionar.

–¡Hijo de la chingada! –Ahora los ojos de la mujer chispeaban de furia. Cualquier vestigio de protocolo saltó por los aires.– No voy a perder más tiempo con tus valentonas de borracho. Ahorítita mismo vas a ordenar que me traigan a esos hombres y me los llevaré de aquí sin hacerse pendejo. ¿Entendido? ¡Ahora! –Las manos enguantadas

tiraron bruscamente de la casaca, zarandeando al oficial.— Me dan ganas de pegarte dos tiros aquí mismo. —Las piernas del hombre apenas podían sostenerle. En unos segundos, el estupor, la humillación y el pánico se arremolinaron en la cabeza de Daniel Varela. Tambaleándose como un pelele, dio unos pasos hasta el cordón de terciopelo grana que servía de llamador, a un lado de la chimenea. Apoyándose en el brocal, confuso, contempló un instante los cristales y el charquito ámbar que el licor derramado había formado a sus pies. La Chamuscada, con el rostro tenso y encendido, hizo con la cabeza un gesto corto e imperativo hacia el cordón. Su mano derecha había vuelto a desaparecer entre los pliegues del vestido. Como un ratón acorralado, blasfemando por lo bajo, el alcaide hizo sonar la campanilla.

El cabo y dos soldados de la guardia cruzaron la amplia plazoleta que formaban los barracones de los presos. La solana caía espesa. Dos perros flacuchos y deslucidos dormitaban a la sombra de unos toneles, arrullados por el repique acompasado de los mallos, los picos y las palas con los que los reclusos desmenuzaban las entrañas de la sierra. Uno de los chuchos soltó un par de ladridos sin convicción, nervioso, como si tuviera un mal sueño.

La noticia sobre la aparición de La Chamuscada en el presidio había corrido por todo el cuerpo de guardia, desatando todo tipo de entusiasmos, recelos y apuestas. Desde que echaron a los franceses, el país no conseguía asentar un gobierno estable. En los últimos diez años, las sublevaciones se habían sucedido prácticamente sin tregua y en la última, ni dos años atrás, Porfirio Díaz se había hecho con la presidencia de la república expulsando del país a Lerdo de Tejada, su predecesor. Las aguas seguían revueltas, y si La Chamuscada estaba en el asunto había jaleo asegurado. Los tres hombres pasaron frente a la vieja herrería y los cobertizos que se habían conservado de la antigua cantera. Otro cuchitril de adobe hacía las veces de cocina y completaba, junto al monolito de madera del depósito del agua, el grupo de construcciones del presidio de Chinacos.

El ritmo de trabajo en la cantera lo marcaban las varas de los capataces y los incesantes cánticos de los reclusos negros. Incansables, repetían su repertorio, narrando las vicisitudes de sus abuelos subiendo y bajando ríos para escapar de la esclavitud, posibilidad que, por

otra parte, quedaba descartada en medio de aquella pedrera. Cuando los tres guardias alcanzaron el pie de la cantera, se interpretaba Clementine por quinta vez. Muchos de los convictos, desperdigados por los montículos de piedra, interrumpieron su actividad al ver llegar a los soldados. La inesperada visita también había disparado los rumores entre la población reclusa y la posibilidad de que el visitante fuera del género femenino había provocado todo tipo de escarnios acerca de las inclinaciones y preferencias del alcaide.

—¡Vamos, vamos, pelaos de la chingada! ¡¿Esperáis visitas?! ¡A trabajar! —vociferó el Chango, jefe de capataces, haciendo chasquear la vara sobre las costillas de uno aquí, sobre las nalgas de otro allá. Las voces y las varas de los demás capataces hicieron eco a las de su jefe.

—¡Vamos, vamos! ¡Moveos! ¡A trabajar! ¡A trabajar! —Los cantores negros más fervorosos se arrancaron con Regresaré a Alabama. Estimulados por las varas, los presos retomaron en seguida el compás, devolviendo a la cantera su monótono repiqueteo.

Después de que el cabo transmitiera sus órdenes entre muchos gestos y encogidas de hombros, el centinela que le atendía agitó su fusil haciendo señas al jefe de los capataces para que se acercara. El Chango era un corpulento mexicano cuarentón, redondo y de aspecto grasiento, un lameculos resentido, con muy mala leche, que prefería aplicar la vara antes que picar piedra. Al hijo de mala madre le había caído la perpetua por varios asesinatos, pero él insistía en su inocencia arguyendo que la Virgen de Guadalupe le había salvado de morir ahorcado. Se acercó hasta los centinelas repartiendo por el camino varazos e improperios como muestra del celo con el que cumplía su cometido.

—Tráete al gringo y al mestizo que va con él. El alcaide quiere verlos —ordenó el soldado. El Chango trató de localizar con la vista a los hombres que le indicaban. Sabía bien quiénes eran. Allí muchos les llamaban los coroneles; se decía que habían luchado junto a Porfirio Díaz cuando lo de los franceses, y nadie sabía muy bien cómo habían acabado picando piedra. El Chango conocía bien a los de su clase: mercenarios, gente peligrosa; era mejor guardarles la distancia. Chusma, carne de horca... no había más que verlos.

—Cómo no, señor. Cómo no. En seguida se los tengo —dijo sin prisa, inclinando levemente la cabeza. Con parsimonia, se quitó de la boca

una colilla negruzca y rechupada que le colgaba de sus labios gruesos y fofos. Chasqueó la lengua y escupió un salivazo blanco y tan espeso que ni el sediento suelo del desierto pudo digerirlo—. Ahorita se los traigo...

Aquella misma noche, el soldado de plantón junto a la puerta de la residencia del alcaide vio partir al carruaje y su séquito de policías mexicanos. Las cortinillas de las ventanas del carruaje protegían de las miradas curiosas a Sarita La Chamuscada y a los dos presos que se llevaba consigo. Boquiabierto, el soldado los siguió con la mirada. Aún no podía creer que aquella fuera la protagonista de tantas hazañas cantadas alrededor de las hogueras por el pueblo llano. Cuando los perdió de vista, volvió a sentarse con el fusil entre las piernas y se inclinó el sombrero sobre los ojos. Pensando en la cara que pondrían sus compadres cuando se lo contase, empezó a canturrear:

*La Chamuscada me dicen dondequiera,  
porque mis manos la pólvora quemó.  
Entre las balas pasé la pelotera,  
La revolución sus huellas me dejó...*